

VIAJE A HOLANDA

VIAJE A HOLANDA

1892-1893

Cartas a un amigo

de

Paul Verlaine



Leer y Viajar

INTERfolio

Clásico

POR 900 FRANCOS ROBADOS

LAS PÁGINAS QUE VAMOS A LEER, impregnadas de una vivacidad y frescura casi juveniles fueron escritas, sin embargo, en una cama de hospital por un hombre que tenía cada vez más dificultades para caminar, que sufre de artritis reumática, erisipela infecciosa, diabetes, úlceras, alcoholismo, sífilis... Un hombre que morirá pronto, al que sus contemporáneos han revestido con una imagen de sátiro borracho¹, que lleva una vida errante alternando estancias en hospitales con sórdidas viviendas y que es ciudadano por sus dos últimas compañeras de vida: una prostituta de la calle Descartes, Philomène Boudin y, un poco más abajo en la misma calle, una calcetera, antigua cabaretera, Eugénie Krantz, conocida como Nini Mouton, que administra de

¹ *De ahí, más tarde, Rubén Darío escribiría en Responso a Verlaine: «gigante sombra extraña, sombra de un Sátiro espectral...»*

cerca su casa² sisándole los pocos francos que le llegan³. A pesar de este panorama, este hombre es conocido y admirado por Oscar Wilde, Gabriele D'Annunzio, Henry James o Henrik Ibsen. Para los jóvenes escritores que vienen a visitarlo, a veces frunciendo la nariz ante el desorden del lugar, es el mayor poeta francés vivo, mucho más grande que François Coppée o Leconte de Lisle y, aunque Mallarmé ya había publicado, fue Verlaine quien lo introdujo en su serie de *Poetas malditos*, ocho años antes, en 1884. Pero sólo después de estos *Quince días en Holanda*, Verlaine conocerá, durante tres años, su momento de celebridad: conferencias en Bélgica y Londres, publicaciones al fin remuneradas, candidatura a la Academia Francesa...

En el hospital Broussais, donde ejerce el doctor Chauffart, Verlaine escribe, entre el 19 de diciembre de 1892 y el 17 de enero siguiente, estos *Quince días en Holanda* para responder a un encargo de Blok, librero y editor de La Haya. Verlaine intentó

² *Los contemporáneos de Verlaine y gran parte de sus biógrafos han pintado retratos negativos de estas dos últimas mujeres de su vida, acusándolas de robarle e incluso maltratarle. Es importante recordar que fue Verlaine el que, a lo largo de su vida, fue una persona abusadora y que si Philomène Boudin y Eugénie Krantz se beneficiaron a expensas suyas, también fue porque trabajaron para mantenerlo, como muchas mujeres de diversas épocas hacían con hombres alcohólicos y violentos.*

³ *Aparte de los ingresos, muy variables, por sus publicaciones, las únicas fuentes financieras de Verlaine en ese momento eran una pensión mensual otorgada por treinta y seis escritores que contribuían por iniciativa de Maurice Barrès y las subvenciones del Ministerio de Instrucción Pública: hubo dos, de 500 francos cada una, la última en 1894. En la encuesta sobre la evolución literaria de Jules Huret para Le Figaro en 1891, el poeta respondió: «Sólo tengo una madre, y es la Asistencia Pública».*

sacar partido de la competencia entre Blok y su editor habitual, Vanier, pero sin mucho éxito, ya que se pusieron de acuerdo y únicamente le dieron derecho a un adelanto de... 20 francos pagaderos inmediatamente por una edición conjunta de ambos.

Hay que imaginar a Verlaine en el hospital.

«Para llegar a la celda donde por prescripción médica del hospital habían confinado felizmente a Verlaine, había que atravesar una sala interminable con su fila de lívidas camas [...] Pero, una vez llegados a la pequeña habitación del fondo, un hombre se alzaba de entre sus sábanas, un anciano con una máscara empañada por el sueño: era Verlaine que veía llegar a sus visitantes... [...] Parecía doliente, un poco somnoliento, pero se enderezó rápidamente, se apoyó en la almohada, nos tendió una mano larga y amarillenta [...] Y empezó a quejarse de la existencia, de las miserias infernales de la vida. Siempre había tenido mala suerte [...] ¡Nos miraba con ojos descorazonados, el rostro inclinado como un mendigo!... Fuera, se oía pasar el tren de cercanías con una larga queja de silbato. En la ventana, el sol temblaba sobre las inmensas cortinas blancas... Un segundo, hubo un silencio. Verlaine, ahora parecía avergonzado. Tal vez se arrepentía de sus quejas. Generalmente, era un hombre alegre de verdad...

»Le habíamos traído caramelos, que aceptó con aire divertido, con palabras de niño. Su buen humor, había regresado. Una o dos frases extrañas y sibilinas, salidas de sus labios quemados por la absenta, fueron suficientes para devolver algo grande al enfermo taciturno. Después, volvió a ser el viejo pillo de todos los días⁴.»

⁴ Una visita a Paul Verlaine, *en el Hospital Bichat a finales del año 1894. Revue artistique et littéraire, n°291. Diciembre de 1932.*

Sin embargo, no se equivoquen, este *viejo pillo* tiene recursos:

«Hablaba de unos y otros sin maldad, ciertamente, pero no sin malicia. Se le escapó una palabra sobre Stéphane Mallarmé, que entonces era su rival en la gloria. Después fue Moréas el que recibió un comentario hiriente...»

También hay que imaginar a Verlaine escribiendo, por la noche, en el hospital.

«(Mis noches) fueron horribles, contaba las horas de un pequeño convento vecino

Qué inquietud
Qué aburrimiento
Contar toda la noche
¡Las horas, las horas, las horas!

»Tanto es así que, cansado de esta aritmética, un día obtuve permiso del director para usar velas. Para no perturbar el descanso de mis vecinos... en mi insomnio, un amigo me proveyó de una linda lámpara con varilla de níquel que se bajaba a medida que la vela se derretía, y era muy agradable.

»Es lo que bauticé –mi cama, mi pluma, y la pequeña habitación donde estaba– mi gabinete de trabajo, y es mejor que ir a la cafetería.»

En el otoño de 1892, pintores y escritores holandeses, entre ellos Jan Toorop y Philippe Zilcken, organizaron para Verlaine una gira de quince días de conferencias en La Haya, Leiden y Ámsterdam. Salida el 2 de noviembre de la Gare du

Nord, parada en Saint-Quentin y, al son del acento del Norte del agente de los ferrocarriles...

¡Oh, el acento! ¡*Ch'l'acchin!*

...un pensamiento para Desrousseaux, autor de *P'tiot Quinquin* y, sobre todo, para la poetisa Marceline Desbordes-Valmore, natural de Douai. Verlaine dedicó a Desbordes-Valmore un capítulo de *Los poetas malditos*, donde asegura que fue Rimbaud el que «casi le obligó a leerla y apreciarla». Añade «primero Marceline Desbordes-Valmore era del Norte y no del Midi, un matiz más marcado de lo que se piensa». Tropismo nórdico, conocemos la frase de Claudel sobre Verlaine, «hijo de la pizarra y la lluvia». Aparte de París, su espacio está ahí: las Ardenas, Bélgica, Inglaterra, los cielos revueltos, la lluvia, los paisajes difuminados por la niebla.

Y luego dos pasajes sobreentendidos, Mons...

«Mons Una ciudad en la que he vivido durante mucho tiempo y que no conozco, imagínate.»

Y Bruselas.

«Bruselas [...] esta ciudad en la que he vivido; en mi tiempo, terriblemente, aunque en suma pocos meses, ¡pero qué meses! Pero bueno, es agradable, Bruselas, en su conjunto.»

Bruselas es los dos disparos de revólver contra Rimbaud en julio de 1873, seguidos de los tres meses de detención en Les Petits-Carmes a la espera de juicio. Luego, en la prisión de Mons, dos años para cumplir su condena... y escribir *Sabiduría*.

Le siguen Amberes, Holanda, Rotterdam y la noche pasada en casa de los Zilcken en Hélène-Villa. Donde Verlaine percibe, en la pared del comedor, «un Méryon, un barco con todas las velas hacia lo desconocido» que debe ser el *Barco fantasma*, litografiado por Chauvel según el pastel de Méryon.

Verlaine se explayó en sus conferencias cuyo tema era obviamente la poesía francesa de la época, compartida entre dos escuelas, simbolista y decadentes. Los decadentes eran una especialidad parisina, pero existía en Holanda una escuela simbolista y uno de los anfitriones del poeta, Jan Toorop, era un pintor simbolista, de origen javanés, como señala Verlaine. Destaquemos que en ese momento los Países Bajos todavía estaban en guerra de conquista y ocupación en lo que hoy es Indonesia⁵, y que las tropas coloniales y las cañoneras no escaparon al ojo de Verlaine en el puerto de Ámsterdam.

Veremos a un *pobre Lélian*⁶ muy satisfecho con sus habilidades como orador, tal vez un poco demasiado satisfecho. No conozco informes del público holandés, pero hay ecos de su posterior viaje a Bélgica y varias veces son malos. Algunas sesiones son exitosas, pero en otras se queda quieto con la boca abierta, ha bebido demasiado, el público le profiere insultos...

⁵ Los holandeses no completarán la conquista de Bali hasta 1908. En Sumatra, la Guerra de Aceh terminará oficialmente en 1904, pero se prolongará en guerrillas hasta la llegada de los japoneses.

⁶ Él se da este nombre, anagrama de Paul Verlaine, en el capítulo VI de *Los Poetas malditos*, que se dedica a sí mismo.

Veamos ahora el estilo. Encontramos su don para la imagen, ver por ejemplo la sucesión de estampas de los canales holandeses vistas desde la ventana de un vagón o de un carruaje. Pero aquí, en prosa, el temblor y la confusión de la poesía *verlainiana* dan paso a otros procesos: cambios de registro, digresión, parataxis...

«Un tranvía, canales, una gran plaza, un gran monumento polícromo con torrecillas, lo más único de Amsterdam; no es ni hermoso ni feo; es incontestablemente grande.»

Todo esto da una impresión de deslizamiento perpetuo: tranvías, vagones, carruajes tirados por caballos, canales, cafés, banquetes, cafés de nuevo, puros, schiedam, comida siempre. Todo ello compone un vagabundeo renqueante que es verdaderamente el viaje *verlainiano*:

«Es preciso que sepáis, si no os lo he confiado ya, que, a causa de un reumatismo desde hace siete años, tengo una pierna anquilosada en sus tres cuartas partes.»

Y, por momentos, en plano fijo, una imagen penetrante, atormentada, como esta parada repentina durante su visita al Rijksmuseum, delante de:

«...otro Rembrandt desdichadamente quemado en su parte superior; pero en el que surge todo el genio, toda la alta sinceridad del maestro, que no titubea en mostrarnos el vientre abierto, el cráneo trepanado y el cerebro de un sujeto con la mano del cirujano paseando a placer su escalpelo entre los sesos casi en descomposición.»

Y cafés, trenes, una conferencia sobre *Sar Péladan* en La Haya y luego, al final, en Scheveningen, en la playa, esta apertura:

«El mar. Hacía mucho tiempo que no lo veía...»

Fin de un viaje cuyas etapas se van a fundir en la memoria del autor –y quizás también del lector– como en los versos de *Caleidoscopio*⁷:

«¡Será como cuando soñamos y despertamos!
Y que nos volvemos a dormir y soñamos aún
Con la misma magia y en el mismo decorado...»

Bonito viaje, también un poco *tramposo*, con esa falsa alegría teñida de melancolía, esa insatisfacción que no se reconoce, esa rebeldía que no se confiesa desde los famosos disparos de Bruselas, desde la prisión y el retorno al orden y a la religión de *Sabiduría*. En la prosa de los años 90 estamos bien al final, en la parte inferior de la segunda vertiente de la obra de Verlaine, la vertiente de los lamentos y de las palinodias. Porque el arte de Verlaine es también el arte de la palinodia.

Y Verlaine regresa a París con 900 francos en el bolsillo, que Eugénie Krantz le robará inmediatamente. Eugénie acusa a Philomène Boudin, *la otra mujer*. Verlaine amenaza con denunciarlas, pero la erisipela de la pierna derecha se despierta,

⁷ *Caleidoscopio*, en *Antaño y ayer*, 1885. *El poema forma parte de la colección manuscrita* Celularmente compuesta en prisión en 1873. *Tiene la fecha* «Br, (Bruselas) de octubre de 1873».

hay que ir al hospital donde, al menos, nuestro bucle se cierra, pues escribirá allí las páginas que van a leer.

Le quedará, para *rehacerse*, partir el año siguiente para *charlar* en Bruselas, pero esa es otra historia.

JACQUES PARAIRE

Caen, septiembre 2024

INCIPIT · LIBER

QUINCE DÍAS EN HOLANDA

I

QUERIDO AMIGO: me habéis manifestado el deseo de leer en cartas un corto relato de mi viaje a Holanda. Helo aquí, en algunas páginas, que quiero hacer lo más completas posible.

Invitado por un grupo de artistas y de literatos de allí para dar en su país una serie de conferencias, he accedido de buena voluntad a su deseo, pues fui siempre un curioso de este país, que el ingrato Voltaire, su huésped de cuerpo y espíritu, declaraba como lleno de «canales, de patos y de canalla»; a mi vuelta proclamo lleno, este país, evidentemente, de canales y de patos; pero más aún de talento hereditario y de tradicional historia perpetuada.

El 2 de noviembre de 1892, precisamente el día de los Muertos –buen augurio– partí de la estación del Norte –gracias a los fondos milagrosamente llegados de los Países Bajos– en un vagón especial de primera clase, si no en verdad soberano,

al menos principesco, todavía muy tolerable: revestimientos de espejos, mesitas de caoba, elevables en el preciso momento de comer o cenar, etc.

Inútil, ¿verdad?, describir el triste paisaje de los alrededores de París, exceptuando Saint-Denis con su antigua abadía real, siempre divina, y sus islas bastante bonitas en verano; pero en este otoño que declina, infinitamente tristes. Después, fábricas de no sé qué, barracas, cabañas, chozas, ruinas, ¿con qué propósito? Un poco de serenidad campesina después de veinte minutos de escasa velocidad. Verdaderas tierras de labor, árboles auténticos vienen al encuentro, pasan rápido hacia atrás para hacer sitio, en el término de una hora poco más o menos, a la estación de Creil, rodeada de novedosas, hasta ahora, industrias sobre la línea, fábricas de cerámica, caldererías, depuradoras y desinfectantes, en medio de una campiña casi aceptable.

Pasado Creil, el tren rueda a toda velocidad hasta Saint-Quentin; los sucesivos paisajes que la bruma de la estación difumina pasan, pasan indiferentes como en un sueño ni bueno ni malo, mientras que los hilos telegráficos caen y se elevan alternativamente, y los postes, guarnecidos de tazas a modo de campanas, semejan secas palomas de cartón grandísimas. Y el penacho blanco de la locomotora, único penacho, para hablar generalmente, ¡pero tan bello!, de nuestra civilización, se eleva gracioso y coqueto sobre los lugares atravesados.

Variado, si se quiere, el curso del trayecto del exprés de Creil a Saint-Quentin: un espacio de campiña uniforme, pero nada desagradable, si no a la mirada propiamente dicha, al menos a la mirada intelectual, ¿mejor diría social?, porque habla este espacio casi todo de grande e intenso cultivo, a esta hora consistente, en largos surcos aguardando la salida del invierno para verdear, y de la primavera para madurar y convertirse en paja y en espigas. Poco a poco, el terreno se oscurece; los raros árboles

se doblan y se retuercen como esqueletos deformes. Las fábricas humean, negras, ¡y he aquí el ladrillo! El ladrillo del Norte, el ladrillo rojo sangre, alzándose en enormes o mezquinas construcciones con finalidades industriales. En la lejanía, altas chimeneas tan sombrías como siniestras, con la lenta ascensión de tirabuzones desenroscados; después se erigen en serpientes de hollín, señalando el nacimiento de las regiones mineras...

«¡Saint Quentin! Veinte minutos de parada!»

Esto dicho por un empleado vestido de chaqueta verde oscura de canalé, que los ingleses llaman *corduroy*, y gorra plana de negra piel encerada y visera bordada en cobre, de la Compañía del Norte, con el acento lento, dulce y terco de los *picards* (entiendo por *picards* los habitantes del territorio comprendido desde Amiens hasta Dunkerque exclusivamente –Dunkerque tiende al flamenco). ¡Oh, el acento! ¡*Ch' l'acchin!* Leía últimamente en un artículo, muy bien hecho por lo demás, sobre Desrousseaux, el poeta patuá, lilés, el autor mercedidamente célebre de esa obra maestra de gracia y de tristeza el *P'tiot Quinquin*, que particularmente allá el acento, sobre todo en patuá, era monótono, y sordo... ¿Sordo?, sí. ¿Qué patuá serio no lo es, en correspondencia con el abrumador, el literalmente aplastante trabajo de los campos? Pero ¿monótono? ¡Oh, no! Y, además, aunque así fuera este patuá, Marceline Desbordes-Valmore lo ha sabido, lo ha poseído, lo ha hablado, sin duda alguna...

Pero heme aquí, me parece, en divagaciones que son propiamente digresiones, y yo no ocupo aún una plaza entre una lámpara y un vaso de agua azucarada. No es una conferencia lo que me pedís, sino una relación de viaje. Y continúo. ¡Vamos, sigamos!

Saludemos, sin embargo, antes de la puesta en marcha de los vagones para el extranjero, la ciudad al atravesarla y su espléndida basílica, maciza (de lejos), gracias a su ausencia de

campanario, campanil, torre o torrecilla, y el Aisne, bellísimo a todo lo largo.

El tren se pone de nuevo en marcha lentamente, pesadamente, entrando en los arrabales de casuchas bajas toscamente blanqueadas, donde toda la chiquillería corre al umbral para ver pasar el ferrocarril, mientras comen tostadas de mantequilla y se rascan el pelo rubio estropajoso –o negrísimo, porque es la tierra «En la que se asentaron largo tiempo las fervientes Castillas.»

Y a propósito de esos españoles, nuestros huéspedes *forzosos* de muchos siglos, saludemos en el umbral de la patria estas llanuras nunca bastante gloriosas, y tan dolorosas, en que debía, después de muchos esfuerzos heroicos, sucumbir, a cuatro o cinco o seis generaciones de distancia, el valor francés, sobrepasado hasta la locura; el honor, sin embargo, ¡no! Salud por última vez, Saint Quentin, el que paralelamente a nuestro Buzenbal parisino, oíste los últimos rayos de esta tempestad de la execrable guerra de 1870-71.

Nada de notable hasta la frontera belga que la insignificancia de este detalle de los postes telegráficos como largas perchas, pero desdoblados en cono e inclinados hacia atrás. Se diría esta vez que son piernas de gigantes ebrios, muy secos, que piruetean y van a caer. Estos titubeantes compañeros deben acompañarme hasta La Haya, y un poco más tarde a Leyde y Amsterdam.

II

He olvidado el nombre de la estación donde opera la aduana belga. Quince minutos de parada para la inspección de los equipajes. Los viajeros portadores de una simple maleta,

como yo, no tienen necesidad de descender. Un aduanero viejo, afeitado, de oscuro uniforme, sube a mi coche y me pregunta:

—¿No tiene usted nada nuevo?

—¿...?

A mi respuesta, un poco tardía, negativa, o más bien confirmativa, el digno empleado traza con el lápiz uno de esos signos cabalísticos que significan en este género de taquigrafía: visitado o dejad pasar, o cualquier cosa así, evidentemente. ¡Oh esoterismo, oh administración internacional!

Aprovecho el tiempo que me queda para encargarme al bufé un almuerzo portátil. Como todos los demás es este bufé, con la sola nota original de un busto altísimo del rey Leopoldo II, larga cabeza caballuna, triste y distinguida, emergiendo de un cuello de uniforme bordado en oro entre charreteras de general de división, algo que estaba muy bien en el color chocolate de la tierra, verdaderamente demasiado cocida y como tirando a dorada.

En las diversas conversaciones que me fue necesario sostener a causa del encargo y del pago del dicho almuerzo portátil, como además en la frase anterior de este aduanero calvo, encuentro, después de diecisiete años, el belga, quiero decir el idioma belga, extraño francés, del que nos burlamos nosotros solos, los parisinos, entre los franceses, digámoslo de paso.

¿De dónde, filólogos, explicadnos un poco de dónde vienen, por ejemplo, esas extrañas elipses *viens tu avec*, esa innecesaria, *pour une fois, sais-tu?* Esos saltos de personas en los verbos. *Tournez-vous un peu, mon capitaine, que je te brosse dans le dos.* ¿De dónde tantas y tantas locuciones de las que estoy muy lejos de reírme, porque a mis ojos Bélgica (valona) no es más que un grupo de departamentos tomados a Francia por un trágico tratado, acaso indispensable al equilibrio europeo —qué equilibrio, ¿eh?— desde 1870; y además creo tener

perfecta razón: el belga, ¿no sería un francés para la tierra, no sin sus sabores particulares y sus frecuentes giros, por no decir aun más amablemente ingenuos o bellamente burlones?

Pero ¿no he caído en flagrante delito de digresión? ¡Bah! Usted me excusará, ¿no es verdad? Después de todo, si una narración familiar, mejor o peor, de viaje, por simples cartas, tal es esta ahora, o como podría ser de otro modo, no es una conferencia –y ya lo demostré magistralmente hace un momento–, no es tampoco un puro y seco trazo de un Baedeker cualquiera. Así, pues, mi querido amigo, aunque usted, lo que no ocurrirá –puedo apostar– me maldiga, yo divagaré (¡perdón!) todas las veces que la ocasión me parezca lógica o simplemente se presente: la digresión, después de todo, es la flor en la solapa, la sortija en el dedo, y también, y acaso más a menudo, la bandera, mejor el pabellón, que cubre la mercancía.

Heme aquí en mi vagón especial (en lenguaje ferroviario se dice vagón *toilette*, palabra encantadora, ¿verdad?, se diría que es belga, y en buen belga), y en el preciso momento en que suena la campana y silba vibrante como el de un pastor el silbato del jefe de estación, un mozo del bufé me trae en una roja cesta de mimbre, oblonga, cerrada con un candado con la llave sin echar, mi almuerzo portátil. El tiempo justo para darle la propina, ¡y en marcha!

Levanto la mesita de caoba que está enfrente de mí, la sujeto sobre dos soportes que saco del borde inferior, y coloco en esta mesa de bolsillo, por decirlo así, dos platos de carne, pavoneándose en una especie de inmensos pocillos; dos platos de verduras, repartidos en otros pocillos extravagantes; un pastel, media botella de Mâcon y un cuarto de champán. Todo por cuatro francos y cincuenta céntimos.

No me acuerdo del nombre del establecimiento.